

*Promesas
que Atan*

Sarah McCarty

Traducción de María José Losada y Rufina Moreno



Phoebe

Título original: *Promises Preveal*

Primera edición: noviembre de 2008

Copyright © 2008 by Sarah McCarty

© de la traducción: María José Losada y Rufina Moreno, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-96952-27-0

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Ilustración de cubierta: Judy York

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en España

Para Karen S., la ingeniosa dama del reverendo.
Siempre mantienes la antorcha encendida
Para tu Alfa y aquellos que te conocen.
Espero que no cambies nunca.

Uno

Una vez más estaba del lado equivocado de la escopeta. Mirara como lo mirase, pensó el reverendo Brad Swanson, estaba atrapado, de eso no cabía ninguna duda. Había imaginado su final de numerosas maneras, o bien frente a un pelotón de fusilamiento o bien colgando de un árbol o en la horca. Pero esto, bueno..., miró por detrás del robusto juez, que esperaba Biblia en mano hacia donde Asa MacIntyre aguardaba de pie delante del altar cubierto de raso blanco, con la escopeta en los brazos, que brillaba tenuemente bajo los rayos del sol que entraban por las ventanas. No, él nunca había imaginado que su final sería de esa manera. Sacudió la cabeza. En realidad, aquello excedía cualquier cosa que se le hubiera podido pasar por la imaginación. No sólo porque era algo que no había previsto, sino porque ésa era la primera vez que una madre consideraba que él sería un marido adecuado para su hija.

—Ni se te ocurra cambiar de idea —le advirtió Pearl en un tono de voz tan bajo que apenas pudo oírlo.

Brad miró hacia el primer banco de la iglesia abarrotada, donde Pearl Washington permanecía sentada y vestida como correspondía a la madre de una novia. Por la manera en que la mujer lo fulminaba con la mirada, por debajo de la pluma oscilante de la elaborada creación que ella llamaba sombrero, y la palmadita que le dio al contorno de la cerbatana que hacía pasar por una pistola y que guardaba en su ridículo, estaba claro que ella aún no creía en la otra versión de la historia. Su versión.

—No pienso cambiar de idea—. «Sólo dudo de mi buen criterio al no hacerlo». ¿Cómo demonios había acabado atrapado en algo así?

Pearl entrecerró los ojos, mostrando una mirada más amenazadora si cabe.

—Bien.

«Galletas con azúcar». Sí, eso era. Sí tenía que echarle la culpa a algo era a su adicción a las galletas con azúcar. Si Pearl y sus amigas no lo hubieran convencido de intercambiar whisky de vez en cuando a cambio de una buena ración de galletas, nadie hubiera dudado de su palabra

cuando afirmó de manera tajante que en ningún momento había puesto los ojos en la excéntrica hija de Pearl, pero al parecer el que un ministro no tuviera ningún problema en suministrar whisky a las buenas mujeres del pueblo hacía que fuera considerado capaz de cualquier cosa. Aquello no era más que otro recordatorio de que no había buena obra que quedase impune.

En respuesta a su amenaza, Brad le dirigió a Pearl una sonrisa burlesca que sin lugar a dudas haría que se enfadara aún más. La mujer alzó la barbilla. La vieja satisfacción de irritar a alguien era un pequeño placer en un día que prometía ser desastroso. Si bien fingía ser un ministro de Dios, aquello no era más que una débil fachada. Y, aunque por dentro seguía siendo el mismo forajido de siempre, de alguna manera el papel de predicador le iba como anillo al dedo; una especie de chiste—entre el pasado y el presente, entre la educación y el oportunismo—que no dejaba de tener su gracia, a pesar de que ahora le había llevado a tener que casarse con aquella muchacha.

A su derecha, su padrino de boda, Puma McKinnely, se aclaró la garganta. La ascendencia india de Puma se reflejaba en los fuertes ángulos de su rostro y su tez morena. Su impaciencia se mostraba en el gesto de la barbilla que señalaba hacia el frente de la iglesia. El pelo largo y oscuro de Puma le rozó el hombro cuando se giró hacia el pasillo. A su lado, su primo Clint, igual de grande, de moreno y con la misma mirada de desaprobación en la cara, se volvió hacia él. Aunque ahora Clint y su primo—que una vez habían sido sus implacables enemigos—lo apoyaban de manera simbólica, antes, cuando el cuadro de Evie lo había señalado como un dedo acusador despertando la cólera de todos, se habían puesto de parte de los Washington, empujándolo finalmente hacia su destrucción. No sabía por qué había esperado otra cosa de ellos, pero lo había hecho. Lo que sólo servía para demostrar que adoptar una falsa imagen de respetabilidad le había ablandado el carácter.

Por encima del hombro del juez Carlson, Asa MacIntyre lo miraba con la misma amenaza que el rifle que acunaba en los brazos. De alguna manera, Pearl lo había convencido. O quizá habían sido Puma o Clint. O tal vez tuviera sus propias razones. Nunca se podía dar nada por sentado con un MacIntyre. Él iba a su aire, seguía sus propias reglas. En realidad Brad debía estarle agradecido porque no hubiera ido a por él tras enredarse con una inocente.

Eso era lo que peor le parecía de la desertión de Asa, decidió Brad. Brad podía ser un montón de cosas, pero nunca lastimaba a las mujeres,

y era misericordioso con los hombres a los que sólo metía una bala en el corazón. Asa lo sabía, era de la misma opinión, pero al igual que el resto se había puesto de parte de los Washington.

Inspirando lentamente, Brad se pasó los dedos por el pelo. Caramba, ¿desde cuándo le importaba lo que los hombres pensarán de él? ¿Si creían o no en él? Solía considerarse más que satisfecho sólo con que acatasen sus órdenes y no le hicieran colgar de una sogá al final del día.

El órgano comenzó a sonar en ese momento con una larga nota que anunciaba el comienzo de su boda. Asa arqueó una ceja y Brad contuvo el deseo de mandarle al infierno. Pero su imagen de reverendo ya había sufrido suficiente y dado que su mejor baza para sobrevivir seguía siendo aparentar lo que no era, no podía permitirse el lujo de meter aún más la pata. Incluso aunque eso significara casarse con una mujer cuyo espíritu rebelde lo había atraído como la miel a las abejas desde el primer momento en que la vio.

Inspirando de nuevo, Brad se giró y afrontó las consecuencias. La buena gente del pueblo —a la que había llegado a conocer mejor de lo que había planeado en un principio— ocupaba los bancos de la iglesia. Estaba acostumbrado a ver sonrisas en sus caras, pero ahora mismo todo lo que veía era un mar de desaprobación, que junto con los ramilletes silvestres y las cintas que adornaban los bancos y que eran agitadas suavemente por la brisa que entraba por las ventanas abiertas, ofrecían una imagen de falsa alegría. La música del órgano se detuvo y comenzó de nuevo con una nota larga, prolongando el dramático momento. Todos miraron hacia el final del pasillo. La madera rechinó, se oyeron murmullos. La novia no apareció.

—A lo mejor tienes suerte, Rev, y tu prometida ha huido.

Brad le dirigió a Puma una mirada airada. Sabía que su suerte nunca había sido tan condenadamente buena.

—Sólo empeoraría las cosas.

—No sé cómo se le pueden poner peor las cosas a un hombre de Dios que no dejó pasar la oportunidad de aprovecharse de una chica tan dulce e inocente como Evie Washington —masculló Jerome desde la segunda fila. Franny, su esposa de cuarenta años, le cubrió la mano, dándole la razón.

—Tengo que admitir que es todo un escándalo. —La disculpa en su tono no compensaba el hecho de que no hubiera salido en defensa de Brad.

—El reverendo Swanson es un buen hombre. No me creo que se haya aprovechado de Evie.

Todas las cabezas se volvieron hacia Jenna McKinnely cuando ésta se levantó de su asiento. Parecía un ángel de Rubens con ese pelo rubio recogido en una larga trenza y aquellos ojos azules mirándolos con determinación. Un pequeño bulto blanco, su hija adoptiva Bri, se retorció sobre su cadera para liberarse.

—Y nadie debería creerlo. Es nuestro reverendo. Se merece nuestro apoyo.

Brad debía agradecer a Dios por la dulce naturaleza de Jenna y su fe inquebrantable en la bondad innata de la gente. Era la única que no consideraba todo aquello un desastre. Lo más probable es que fuera la única persona del pueblo que estuviera de su parte. Y todo porque él le había respondido «no» cuando ella le había preguntado si él se había aprovechado de Evie. Le había creído como si su palabra fuera ley.

—Entonces, ¿cómo explicas lo del cuadro? —preguntó Jerome.

—No puedo explicar lo que no he visto.

Casi nadie había visto el cuadro. Pearl, el tío de Evie, Paul, y Doc habían sido los únicos. Algo por lo que Brad estaba profundamente agradecido.

Jerome golpeó el suelo de madera con su bastón.

—No creo que sepas de lo que estás hablando, Jenna, así que deberías mantenerte al margen.

Al lado de Brad, Clint se removió como lo hacía siempre que alguien se encaraba con Jenna, estirando todo su metro noventa mientras todos a su alrededor guardaban un antinatural silencio.

—Jerome, ¿estás llamando mentirosa a mi esposa?

Un banco de la iglesia rechinó, y un niño tan moreno como los McKinnely se puso en pie, Gray, el hijo adoptivo de Clint McKinnely. A pesar de tener sólo once años, el tamaño de sus huesos prometía que se convertiría en un hombre grande y fuerte. Era conocido en el pueblo por su ferocidad, en especial cuando se trataba de proteger a Jenna. Ya había matado una vez para salvarle la vida. Brad no dudaba de que volvería a hacerlo si lo consideraba oportuno. Y por lo que parecía, tampoco lo dudaba Jenna, que lo agarró del brazo y tiró de él con fuerza. Pero eso no consiguió que el chico relajara los músculos de su pequeño cuerpo, ni que apartara la mirada de Jerome. Durante los últimos dos meses, desde que vivía con los McKinnely, Gray había comenzado a comportarse de una manera civilizada, pero seguía sin estar totalmente domesticado.

Jenna le lanzó una mirada de advertencia a su marido.

—Clint, estamos en una boda.

—No se me ha olvidado.

Bajó la mirada hacia Gray.

—No es de buena educación discutir en una boda.

—Ni lo es que otro hombre le dé órdenes a mi esposa y la llame mentirosa.

—Yo no la he llamado mentirosa.

Gray sacudió con fuerza el brazo para liberarse. Jenna se apoyó sin querer sobre su pierna mala. De inmediato, el niño la sujetó para que no perdiera el equilibrio. Ella se apoyó contra él, deteniendo a Clint con la voz al no poder hacerlo con la fuerza.

—¡Por el amor de Dios, Clint!

Jerome bufó y volvió a golpear el suelo con el bastón.

—De todas maneras, ¿quién podría herir los sentimientos de Jenna?

Clint estudió la cara de Jenna. Brad sabía que estaba buscando alguna señal de que ella se hubiera sentido insultada.

—Nadie en su sano juicio, eso seguro.

Fuera lo que fuera lo que Clint vio en la expresión de Jenna pareció satisfacerle. Se relajó. Pero Gray no. Esos ojos tan viejos como el tiempo escudriñaron la estancia, buscando más amenazas. El niño era como un polvorín a punto de estallar y sólo había dos cosas en el mundo que garantizarían que lo hiciera: un insulto a su hermana o a su madre adoptiva. Si no estuviera bajo la protección de los McKinnely, si Jenna no lo hubiera protegido de los habitantes del pueblo, lo más probable era que a esas alturas Gray estuviera metido entre rejas por asesinato. La tensión dentro de la iglesia se incrementó.

Casi con desesperado fervor, el órgano volvió a emitir una larga nota hasta que la espalda de Brad vibró con ella. Todos dirigieron la mirada hacia atrás. La novia siguió sin aparecer.

Jenna le dirigió a Brad una sonrisa alentadora.

—Estoy segura de que se ha enredado un poco con el vestido.

Sólo Jenna se preocuparía por los sentimientos de un novio que se casaba a la fuerza. Por otra parte, sólo un McKinnely era lo suficientemente retorcido para sentarse en el lado del novio porque «no estaba bien que todo el mundo sacara conclusiones precipitadas». Especialmente, cuando hasta el último habitante del pueblo parecía estar dispuesto a castrarlo.

Y como allí donde iba un McKinnely, iban todos los demás, toda la familia estaba sentada en los bancos de la iglesia con miradas que demostraban su condición de paria. La mujer de Puma, Mara, se había situado al lado de los tíos de Puma, Doc y Dorothy. Mara saludó a Brad

con la mano mostrándole su apoyo. Si Jenna era toda dulzura y encanto, Mara era un puro terremoto. Hacía buena pareja con su inflexible marido. Uno podía llegar a pensar que una mujer del tamaño de Mara se acobardaría ante una mirada de Puma, pero lo único que su marido conseguía sacar con eso era la parte más testaruda de Mara. Sus enfrentamientos eran legendarios en el pueblo. No porque la pareja se pusiera violenta, sino porque ambos eran inteligentes y les gustaba salirse con la suya sin que nunca estuviera claro cuál de los dos salía ganando. Sin embargo, lo que sí estaba claro, era que en ningún momento faltarían las risas hasta que todo el asunto quedara resuelto.

Brad recibiría ahora con gusto una de sus famosas discusiones. Sería una buena distracción y, por otro lado, él dejaría de ser el centro de atención.

Un bebé lloró en el último banco de la iglesia. Elizabeth, la esposa de Asa, acunó dulcemente a su hija Tempest. Con aquel remilgado vestido y el pelo perfectamente peinado, uno podía llegar a pensar que Elizabeth era una mujer demasiado correcta, pero sólo bastaba con fijarse en los mechones que se le habían escapado de su moño y la travesura que brillaba en sus ojos verdes para saber que ella era cualquier cosa menos correcta. Elizabeth MacIntyre era tan salvaje como las cuadrillas que habían llegado a Cheyenne para colocar las traviesas del ferrocarril y tan buena como el que más provocando problemas. A su lado, Milly sacó una botella, le quitó el corcho y mojó un dedo en el contenido antes de meterlo en la boca del bebé. Tempest dejó de llorar y sonrió. Millicent mojó el dedo de nuevo.

—Ya es suficiente, Millicent.

Millicent, siendo como era Millicent, sólo respondió con un bufido a la orden de Asa con la confianza de una mujer que llevaba cincuenta años abriéndose camino en un mundo de hombres y volvió a aplicar el brandy otra vez en las encías del bebé.

—El buen Dios no querría que esta dulce criaturita siguiera sufriendo.

—Tampoco querría que acabara borracha en la iglesia.

—No se va a emborrachar —dijo Elizabeth.

Asa frunció el ceño.

—Seguro que se pone algo contenta.

Millicent frunció el ceño y frotó suavemente las diminutas encías.

—¿Y no es mejor eso a que siga llorando?

Asa gruñó.

—Por favor, al menos no la conviertas en una borrachina.

Elizabeth le sonrió a Asa como si la debilidad que el hombre sentía por su hija fuera una cosa buena.

—Te aseguro que puedo manejar esto.

—Bien.

Brad ahogó una carcajada. Asa se volvió hacia el sonido sin la indulgencia que había demostrado hacia Millicent.

—Un hombre que está en el altar a punta de escopeta, no debería meterse en cosas que no le conciernen.

—Creo que darle licor a un bebe es algo que preocupa a toda la gente de bien —interrumpió el juez Carlson.

Brad ya había tenido suficiente.

—Cállese.

Puede que ese arrogante bastardo fuera el único juez disponible para casarle con Evie, pero eso no le daba derecho a exponer su punto de vista ante el resto de la comitiva nupcial.

Asa sujetó el rifle con más fuerza; el gris de sus ojos reflejaba el acero del arma.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Carlson se golpeó el muslo con la Biblia.

—No pueden hablarme así. Soy un miembro de...

A esas alturas de su vida, Brad estaba más que harto de los hombres como el juez; arrogantes moralistas que usaban su posición para intimidar a todos los que los rodeaban. Se acercó hasta el altar lo suficiente para que sus fosas nasales se vieran impregnadas con la loción del hombre.

—Me importa un bledo de lo que forme parte. Eso no le da derecho para entrar en mi pueblo y criticar a mi gente.

Carlson se burló.

—¿Esa misma gente que está sentada en la iglesia tras haber levantado falsos cargos contra usted y haberle obligado a un matrimonio que no desea?

Brad no se alteró. Él no era quién para juzgar.

—Exacto.

—Juez, yo de usted cerraría esa maldita boca —intervino Puma con esa voz calmada que habría servido de advertencia a todo aquél lo suficientemente juicioso para oírla.

En Carlson, sin embargo, no surtió ningún efecto.

—¿O qué? ¿Me machacará? —Inspiró por la nariz—. Conozco su reputación, mestizo, y le diré que no me impresiona ni con eso ni con el perdón que le concedió el gobernador.

Un fiero gruñido llegó desde los bancos de la iglesia.

—¿Cómo se atreve? —jadeó Jenna—. ¿Clint?

Arqueando la ceja en dirección a su, por lo general, dulce esposa, Clint preguntó:

—¿Quieres que me encargue de él, cariño?

—¡Sí!

—Si no lo hace él, lo haré yo —escupió Mara, abriéndose paso entre los bancos con su pelo rojizo brillando bajo los rayos del sol. Gray se pegó protectoramente a su espalda, sosteniendo un cuchillo que destacaba claramente contra el negro de su camisa. Quería a su tía tanto como a su madre, y adoraba a su tío... el hombre que Carlson acababa de insultar.

Clint se cernió sobre el juez.

—Será un placer.

Hijo de perra, iba a convertir su boda en una pelea. Brad atrapó la mano de Mara cuando se detuvo a su lado. Con sumo cuidado, le quitó el cuchillo que llevaba en la mano.

—Hoy no, Mara.

Ella no apartó la vista del juez. La furia vibraba en los músculos bajo su agarre.

—¿Por qué no? Acaba de insultar a mi marido.

—Porque estoy bastante seguro de que trae mala suerte iniciar un matrimonio con un derramamiento de sangre.

Ella lo miró, con la cara tensa y los ojos color miel entrecerrados.

—Y entonces, ¿qué?

—¿Ayudaría en algo si se disculpara?

—Tal vez.

—Discúlpese, juez.

—¿Por decir la verdad?

Los invitados comenzaron a murmurar indignados. Los bancos rechinaron y los tabloncillos del suelo chirriaron cuando los hombres se pusieron en pie. Un bebé lloró.

Era asombroso que nadie hubiera matado a ese imbécil antes. Brad apretó los dientes.

—A la gente del pueblo no le gusta nada que los extraños insulten a uno de nuestros más estimados ciudadanos.

—Yo no soy ningún extraño. Soy un juez respetable...

—Pues va a tener que demostrar esa supuesta «respetabilidad» —lo interrumpió Clint.

Carlson continuó como si no lo hubiera escuchado.

—...del Tribunal Superior de los Estados Unidos...

Brad lo agarró por el hombro y lo hizo girar de cara a la gente.

—Lo que va a ser es un hombre muerto si no se disculpa y se calla. Puma es uno de los nuestros.

Carlson siguió su mirada y se quedó pálido al observar a los invitados. Brad no podía culparlo. Parecían más una cuadrilla de linchamiento que los felices invitados a una boda.

El «Lo siento, McKinnely» de Carlson fue más un gruñido que otra cosa, pero al menos le dio a Brad una excusa a la que aferrarse. Enarcó una ceja en dirección a Mara.

—¿Te vale así?

Ella le tendió la mano pidiéndole el cuchillo.

—Por ahora.

Puma cogió el cuchillo de la mano de Brad antes de que pudiera devolvérselo a Mara.

—Mejor me lo quedo yo. —Con un gesto de barbilla, señaló la expresión indignada de Mara—. «Por ahora» es un término muy ambiguo.

Mara golpeó el suelo con el pie.

—¡Maldita sea, Puma!

En la cara de Puma apareció una tierna sonrisa y acarició con el dorso de los dedos la mejilla de su esposa. Su piel oscura destacaba contra la de ella y el tamaño de su mano resaltaba las diferencias entre ellos. Si Puma era alto y fornido, Mara, menuda y delicada.

—Agradezco la intención, Ángel, pero lo que el juez ha dicho no es nada que no haya oído antes.

—No deberías tener que escuchar esa basura de hombres como él.

—No importa.

Ella abrió la boca para discutir. Puma inclinó la cabeza y la silenció de la manera más antigua conocida por el hombre; su largo pelo cayó a su alrededor ocultando el beso de las miradas curiosas, pero no así la pasión y la confianza que mostró Mara al apoyarse en ese cuerpo mucho más grande que el suyo. Atrás había quedado la mujer destrozada que una vez había tenido que luchar con todas sus fuerzas para reconstruir su vida.

Hubo un tiempo en que Brad había intentado cortejarla, pero Mara había sido de Puma desde el primer día que la vio. Jamás había tenido una posibilidad con ella, y él no era de los que luchaba por una causa perdida. Puma levantó la mano y acarició la comisura de la boca de Mara con el pulgar. Esa simple caricia contenía todo el amor del mundo.

—Tú eres lo único que me importa.
Y no hubo ni un alma en esa estancia que no lo creyera.
Mara parpadeó. La dura línea de la boca de Puma se relajó cuando las lágrimas anegaron los ojos de su mujer.
—Gray, acompaña a tu tía de vuelta a su asiento.
Gray tomó el brazo de Mara. Brad no pudo contenerse, el chico siempre estaba dispuesto a pensar lo peor.
—Matar no es siempre la respuesta.
Los labios del niño se torcieron en algo que podía haber sido una sonrisa. En ese momento, se parecía mucho a Puma.
—Sería mejor que se lo dijeras a mi tía.
—Esperaba que tú estuvieras más abierto a la idea.
El niño se encogió de hombros. Brad suspiró mientras lo observaba alejarse. Ese crío tenía el mundo a sus pies, sólo tenía que abrir los ojos para verlo.
Clint le palmeó el hombro.
—Gracias.
Brad sacudió la cabeza.
—Guarda demasiada cólera en su interior.
—Con razón, pero ya lo superará.
—Espero que sea más pronto que tarde.
Puma suspiró antes de levantar la vista.
—Que todo el mundo tome asiento. Tenemos que celebrar una boda.
—No sin una novia —apostilló Jerome siempre solícito. La tensión se evaporó en un mar de risitas ahogadas. Pearl frunció el ceño y llamó a su hermano. No hubo respuesta, sólo otro pequeño alboroto. Mara volvió a sentarse. Las risitas ahogadas se convirtieron en carcajadas, poniendo en evidencia la farsa en la que se había convertido aquella boda. Pero si Evie pensaba que lo iba a convertir en un hazmerreír estaba muy equivocada. Brad inclinó la cabeza hacia el juez.
—Perdóneme. Tengo que arreglar unos asuntos.
Pearl se puso en pie, con el bolsito firmemente agarrado en la mano, cuando él pasó por su lado. Él se enfrentó a su mirada.
—Tendrás tu maldita boda.
O escucharía de labios de su hija por qué la misma no se celebraría.
Pearl le golpeó la mano con el abanico. La pluma del sombrero se balanceó ante la cara de Brad.
—No puedes blasfemar en la iglesia.
Mara soltó un bufido, enojada.

—A mi parecer el buen Dios no dudará en disculpar a un hombre que ha sido plantado en el altar.

—Ángel —le advirtió Puma—. No es el momento.

—No se me ocurre uno mejor.

Puma sacudió la cabeza.

—Ahora no.

Mara apretó los dedos sobre el respaldo del banco.

—¿Me lo estás prohibiendo, Puma?

—A mí me lo ha parecido —apuntó Brad, alimentando el fuego batallador en los ojos de Mara.

—¿No te basta con los problemas que tienes, Rev? —A nadie se le pasó por alto el reto que escondía la sonrisa de Puma. Brad le devolvió la sonrisa sin arredrarse.

—Bah, siempre puedo con más. —Puma asintió y tensó los músculos, lo que los demás hombres reconocieron como una señal de inminente ataque.

—Cualquier cosa por complacerte.

—Inténtalo.

Milly se puso de pie, atrayendo la atención de todos hacia su vestido color púrpura brillante que desentonaba con su pelo rojo igual de brillante.

—Chicos, no me hagáis ir a por la cuchara. —Millie esgrimía su enorme cucharón de madera como otros hombres esgrimirían un cuchillo: con devastadora eficacia.

—No hay necesidad de ir a buscar nada. Rev y yo sólo vamos a resolver nuestras diferencias.

—No me gusta que nadie mantenga a Milly alejada de su cocina —intervino Asa.

—En ese caso puedes unirme a mí —lo invitó Brad.

El juez retrocedió un paso y cerró la Biblia de golpe.

—He venido a officiar una boda, no una pelea.

—Un paso más, juez, y acabará con el trasero lleno de perdigones.

—Vas a ponerlo todo perdido de sangre, Asa MacIntyre, y luego no podré sacarte las castañas del fuego —advirtió Dorothy.

Asa fulminó al juez con la mirada.

—Ni se le ocurra sangrar cuando le dispare. —Arqueando una ceja le preguntó a Dorothy—: ¿Satisfecha?

—Por supuesto que no está satisfecha —intervino Doc que, como siempre, llevaba el pelo de punta—. No se sentirá satisfecha hasta que llegue la parte de la ceremonia en que las mujeres se echan a llorar.

—No es para tanto, la verdad —apostilló Jerome.

—Mi Franny es igual. Estuvo eligiendo que pañuelo traer. Incluso me hizo venir a mí con uno de repuesto.

—Nadie va a llorar si no aparece la novia.

—Excepto tal vez Rev —masculló Cyrus—. He oído decir que el tío de la chica tiene una sogá esperándole fuera. Puede que ése fuera un espectáculo más digno de ver que éste.

Un murmullo de aprobación recorrió a la multitud. La mera mención de una sogá le puso a Brad la piel de gallina.

—Nadie va a ahorcar a nadie. —Le lanzó al juez una mirada de advertencia—. No se mueva de aquí.

—No está en posición de darme órdenes.

Ese hombre era tonto de verdad. Era fácil entender por qué le despreciaba Elizabeth.

—¿Asa?

—¿Qué?

—Si se mueve, métele un tiro.

—De acuerdo.

Buscó la mirada alarmada de Carlson.

—¿Acatará ahora mis órdenes?

El juez simplemente asintió con la cabeza.

—Bien.

Otro murmullo recorrió a los invitados cuando Brad avanzó por el pasillo. Probablemente se estaba extralimitando. A Brad no le importó.

—Mi Evie no te dejará plantado —le aseguró Pearl a sus espaldas.

Esa mujer no tenía ni idea de qué era capaz de hacer su Evie. La hija de Pearl era como un potro salvaje a medio domar, cuyo comportamiento clamaba a gritos que alguien tomara cartas en el asunto y se hiciera cargo de ella. No quería que ese papel le correspondiera a él. Pero, le gustara o no, era el que le había tocado jugar, aunque una mujer salvaje y terca era lo último que desearía.

Se dirigió hacia la pesada puerta de madera que conducía a la pequeña habitación que había al lado de la puerta principal. Escuchó pasos detrás de él. Los había oído demasiadas veces como para no saber a quién pertenecían.

—No lo digas, Asa.

—¿Que no diga qué?

Asa tenía un ingenio tan afilado como su cuchillo y lo utilizaba con la misma habilidad letal. Pasó al lado de Brad y estampó el puño contra la puerta para que no la abriera.

—No estoy de humor para cualquier cosa irritante que quieras decir.
—Reconozco que tienes razones para estar enfadado, Rev, pero no te desquites con la chica.
—Haré las cosas a mi manera.
—No es culpa suya.
Un codo se incrustó en el costado de Asa y éste retrocedió. Brad abrió la puerta de un tirón.
—Entonces, ¿de quién es la culpa?

—Todo esto es culpa mía —dijo Evie mientras permanecía sentada en un duro banco de madera y arrancaba un pétalo de una rosa de su ramillete.

Su tío suspiró.

—No hay duda de eso, cariño. Conque sólo hubieras añadido un par de pantalones a ese retrato, ninguno de nosotros se encontraría en esta situación.

Su tío Paul siempre había tenido un alma lógica, lo que hacía que su opinión sobre esa boda no careciera de sentido.

—Lo que no comprendo es por qué todo el mundo piensa que el hombre del retrato es el reverendo Swanson.

—Es un retrato muy detallado.

—Pero no he pintado la cara.

—Esa cicatriz en el muslo es igual a la que se hizo el reverendo en el granero el otoño pasado. Creo que es un detalle bastante revelador.

—¡Eso fue una licencia artística!

—Pues vaya con la licencia artística.

A Evie no le gustó el tono de su voz. No era posible que su tío pensara lo mismo que todos los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que eres una completa estúpida.

No había duda de a quién pertenecía ese tono tenso y colérico.

«Genial».

Él era la última persona con la que quería hablar en ese momento. Pero allí estaba. Levantó la cabeza para encontrarse con el reverendo Brad Swanson dentro de la diminuta estancia, interponiéndose entre ella y la puerta. Vestido de negro, con el espeso pelo rubio peinado hacia atrás, no había duda de la cólera que ardía en sus profundos ojos azules, ni de la impaciencia que hacía apretar aquellos labios llenos. Estaba claro que el reverendo no estaba nada contento.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a buscar a mi novia.

Evie apretó con fuerza el ramo de rosas que le había dado su madre. Las rosas procedían de los apreciados rosales que su madre había traído de Missouri cuando se casó. Unas rosas que, según su madre, le traerían suerte cuando se casara con el hombre amado.

—He llegado a la conclusión de que esto es una mala idea.

—Nadie ha pedido tu opinión.

—Soy la novia. —No iba a ocurrir nada sin su cooperación.

Brad dio un paso adelante. Su tío se puso de pie. El tío Paul no era un hombre pequeño, pero el reverendo Brad hacía que lo pareciera y, a pesar de que Brad era un hombre de Dios, tenía un lado salvaje. El peligro acechaba bajo la fachada de civilización que presentaba al mundo. Ella llevaba un año intentando plasmar en un lienzo ese rasgo esquivo y no lo había conseguido. Pero creía que en aquel momento hubiera podido conseguirlo, si no fuera porque el bloc de dibujo estaba en casa de su madre y no había ningún carboncillo a la vista. Como en los últimos seis meses, la suerte no estaba de su parte. Se removió en el asiento y se dirigió a su tío. Algunas veces las conveniencias eran algo útil, en especial para evitar los enfrentamientos.

—¿Tío? ¿Puedes ocuparte de esto, por favor?

—Por supuesto.

Brad dio otro paso hacia ella, acortando la distancia entre los dos sin que en ningún momento apartara la mirada de ella. Evie sintió una opresión en el pecho; la misma que sentía siempre que el reverendo le prestaba toda su atención.

—Ella ya no es asunto tuyo. —Ese tono no auguraba nada bueno.

—Aún no te has casado con ella.

—Pero eso es lo que quieres desde que se extendió el rumor de que ella perdió su virtud.

Aquello no era muy galante. Evie esperó que su tío discutiera al respecto, pero no lo hizo.

—El cuadro habla por sí solo.

—El cuadro no prueba nada, pero como siempre has permitido que tu sobrina corretease por ahí como una salvaje y dado que no sabías cómo refrenarla, decidiste que lo mejor sería casarla conmigo y de paso recuperar la respetabilidad que había perdido. —Brad inclinó la cabeza ligeramente y un mechón de pelo le cayó sobre la frente—. Después de todo, ¿qué hay más respetable que casarse con un hombre de Dios?

La mueca burlona de la boca de Brad no desvirtuó su atractivo, pero sí incrementó el aura de peligro que lo rodeaba. A Evie le ardieron los dedos por plasmar en pintura aquel ceño que de manera tan evidente expresaba su desagrado. Estaba tan ocupada estudiando su rostro que no se dio cuenta de que la había agarrado del brazo hasta que cerró los dedos en torno a su muñeca como si fueran una cadena dura e implacable.

¡Maldición! Tenía que prestar más atención.

La protesta que esperaba de su tío ante la despótica actitud de Brad nunca llegó. En lugar de ello, su tío Paul sólo se limitó a mirarla con una cansada expresión de disculpa.

—Harás lo mejor para ella.

—¿O qué? —espetó Brad—. ¿Intentarás controlarme de la misma manera que has hecho con ella?

Eso fue demasiado. Evie tiró bruscamente de su muñeca.

—¡Jamás he perdido el control!

En ese momento Evie obtuvo toda la atención de Brad. Sus ojos azules eran tan fríos como el hielo.

—Mujer, llevas años comportándote como una salvaje, pero eso se va a acabar.

Evie no opinaba lo mismo. Su única intención había sido disfrutar de las pequeñas libertades al margen de los dictados de la sociedad por las que tanto había luchado. Y quería seguir haciéndolo. Ignorando el agarre de Brad, dejó cuidadosamente el ramo de rosas en el banco de madera.

—He decidido que no voy a casarme contigo.

Brad ni siquiera parpadeó.

—No tienes elección.

—Por supuesto que la tengo. —Sólo necesitaba convencer a su tío. Siempre terminaba haciendo lo que ella quería. Y no quería casarse con ese individuo de alma inclemente tan bien parecido que aparentaba ser un hombre de Dios, pero que en realidad parecía un siervo de Satán.

—Díselo, tío Paul. Dile que no tengo por qué casarme con él.

Por primera vez desde que Evie tenía uso de razón, su tío evitó su mirada. Una extraña sensación de pánico hizo que se le encogiera el estómago.

—¿Tío?

—Es hora de que sientes la cabeza.

No hubo ningún cambio en su expresión cuando pronunció esas horribles palabras.

—¡No puedes estar hablando en serio!

El susurro del raso era una débil protesta en comparación con el grito que pugnaba por salir de su interior cuando Brad le agarró el brazo con más fuerza.

—Por si todavía no te has dado cuenta, princesa, la gente sólo te quiere cuando le conviene.

Ella se negó a mirarle, centrado la atención en su tío. La única persona que podía liberarla de eso.

—Eso no es verdad.

—¿Podrías decirme entonces por qué tu tío se queda ahí parado sin impedir esta boda, ofreciéndote la más tonta de las excusas?

Su tío enderezó la espalda.

—Te dibujó desnudo, Swanson. Creo que eso lo resume todo.

—Sigue diciéndote eso a ti mismo, pero sabes que no es verdad. No me pintó desnudo, y estoy dispuesto a apostar lo que sea a que tu sobrina te lo ha dicho.

Evie se lo había dicho, por supuesto, pero no había sido demasiado convincente en sus aseveraciones porque no quería que nadie le preguntara cómo había sabido dibujar sus partes masculinas; un indicio de lo que ella había querido reflejar en su arte y que habría provocado que su tío la quisiera enviar al Este con su rígida tía. Aquella mujer, que era la viva imagen de la amargura y una firme creyente de lo tradicional, la había amenazado en una ocasión con un cinturón de castidad, dejándole de esa manera claro que compartía la opinión general de que las mujeres que pintaban cualquier cosa que no fueran flores insípidas eran todas unas perdidas.

—Te lo dije.

—Pero no me sostuviste la mirada al hacerlo —se burló su tío.

—Ahora te estoy mirando a los ojos.

—«Ahora» es demasiado tarde —gruñó Brad—. Ahora todos creen que me dedico a abusar de inocentes. Ahora todos se preguntan si vivo de acuerdo con las reglas que predico. Mi reputación se verá arruinada si esta boda no se lleva a cabo.

—La gente de este pueblo te conoce demasiado bien para creer eso.

Brad soltó un bufido y la levantó del banco.

—Creo que el hecho de estar hoy aquí en la iglesia, con el juez esperándonos ante el altar deja muy claro lo que está dispuesto a creer este pueblo.

¿Qué podía decir a eso? Tenía razón. Los buenos ciudadanos que una vez habían acudido a él en busca de guía espiritual habían estado más que dispuestos a pensar lo peor de él. Tan dispuestos, que ella ni

siquiera había tenido que abrir la boca y soltar una mentira; con parecer avergonzada había sido suficiente. Y si bien, todos habían dado por supuesto lo que no era, Evie no había esperado que se empecinaran de esa manera con la idea de la boda, había pensado que podría hacerlos cambiar de opinión en cuanto se desvaneciera la excitación inicial.

—Lo siento.

—Tu disculpa no nos sirve de mucho ahora.

Ella se mordió los labios.

—Estoy diciendo la verdad.

—El momento de decir la verdad fue hace un mes. —Mirándolo en retrospectiva, él tenía razón. Si alguna vez hubiera imaginado que su tío intentaría deshacerse de ella, que la obligaría a casarse con un hombre que tenía que saber que no la había comprometido, habría gritado la verdad a los cuatro vientos. Caray, ni se le habría pasado por la cabeza mostrar el cuadro a su familia. Volvió a intentarlo.

—Tío, tenemos que poner fin a esto.

—Algunas cosas no son tan fáciles como parece, pequeña. —Su voz sonó más suave esta vez, llena del amor que sentía por ella. Un amor que había provocado que su tío, un hombre por lo general indulgente, la obligara a hacer lo que consideraba era su deber, dejándola atrapada en su propia trampa. El cebo había sido la libertad, y el reverendo Brad, el precio a pagar.

—No puede ser tan complicado.

—Créeme —gruñó Brad—, aún no ha empezado a ser complicado.

—Pero vamos a ver, reverendo —resopló su tío—, cuando se te acusó, ¿por qué no te defendiste?

—Si mal no recuerdo, no tenía manera de defenderme puesto que dos hombres me sujetaban mientras tú me golpeabas en el estómago, dejándome sin aliento y sin posibilidad de protestar.

Evie no se había enterado de eso.

—¿¡No habrás hecho eso, tío Paul!? —No necesitó oír el bufido de Brad para saber que era cierto. Se reflejaba en el ceño fruncido de su tío. Dio un paso atrás, tropezando con Brad.

—Sabes que no me gusta la violencia.

—Francamente, cuando me enteré de que habías estado retozando con un hombre desnudo, no me importaron demasiado todas esas ideas que predicas, Evie. El amor... —interrumpió bruscamente su rimbombante discurso.

Evie no necesitó que terminara la frase. La había oído más veces de las que podía recordar.

Se soltó bruscamente de la mano de Brad y se golpeó el muslo con el ramo.

—Creo que el término que buscas es «amor libre».

Su tío la miró con el ceño fruncido.

—No permitiré que hables de esas cosas en la iglesia.

—¿Por qué? No es nada malo. Es algo que pasará con el tiempo. Las mujeres deberían tener las mismas libertades que los hombres, incluyendo el derecho a fornicar si así lo desean.

La cara del tío Paul se volvió carmesí, como cada vez que ella mencionaba sus creencias. Él siempre se regía por las normas de la corrección no por el deseo. De todas formas, ella nunca se había sentido atraída por ningún hombre. El reverendo había sido el primer hombre que verdaderamente la había tentado. Y si él no hubiera sido un ministro de Dios, quizás ella hubiera considerado la posibilidad de explorar esa atracción y poner en práctica sus creencias, pero él era un hombre de Dios y el símbolo mismo de todo lo que era correcto, por lo que había mantenido a raya su fascinación, aunque sin demasiado éxito.

—Eso no es nada más que basura, y me arrepiento del día en que tu madre te permitió mantener correspondencia con esa mujer.

«Esa mujer» era una famosa sufragista.

—Anna Dickinson es una mujer muy inteligente que hace bien al dar a conocer las desigualdades sociales, en particular en lo que a las mujeres se refiere. —Su tío apretó la mandíbula y cerró los puños con fuerza. Por primera vez en su vida, Evie temió que llegara a pegarle. Brad le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él. Con un apretón de advertencia que ella tradujo como «no digas ni una palabra más», la puso detrás de su espalda.

—¿No te alegras de que ahora sea asunto mío lidiar con esas ideas?

Aunque ella no podía verlo, el tembloroso suspiro de su tío le indicó el esfuerzo que estaba haciendo para controlar su temperamento.

—¿Aún quieres casarte con ella?

Como si ella fuera una especie de fardo del que deshacerse y no una mujer inteligente con ideas propias. ¿Por qué seguía lastimándola esa actitud?

—Tío...

—Paul —la interrumpió Brad—, los dos sabemos que no tengo elección si quiero seguir viviendo aquí.

Evie le golpeó en la espalda.

—Gracias.

Los ojos de Brad brillaron con intensidad cuando la miró por encima del hombro.

—De nada.

Su tío suspiró.

—Está un poco consentida.

—Diría que está más que un poco consentida.

—Es posible que Pearl y yo hayamos sido demasiado indulgentes desde que murió mi hermano. No nos parecía bien ser demasiado rígidos cuando perdió a su padre.

Eso era ridículo. Evie pasó la cabeza por debajo del brazo de Brad a tiempo de ver como su tío se encogía de hombros.

—Me temo que no hicimos lo correcto.

Parecía como si su tío se estuviera disculpando ante Brad por aquellas partes de su carácter que no le gustaban.

—No me avergüenzo de ser como soy.

—Quizá deberías hacerlo. —Tío Paul suspiró de nuevo.

—¿Por qué? —espetó ella, sintiendo que se reavivaba su cólera ante una mezcla de culpa y frustración por no ser lo que él quería—. ¿Porque no entiendo por qué debería de fingir que no tengo opiniones propias y pasarme la vida sin ser más que la posesión de algún hombre?

La respuesta de Brad fue un movimiento negativo con la cabeza mientras la empujaba hacia la puerta. Evie tropezó y se giró. Sólo tuvo un atisbo de su cara a través del quicio de la puerta. Su expresión no le enterneció precisamente el corazón. Sólo afirmó su convicción de que el reverendo era un hombre duro. Poco antes de cerrar la puerta, él dijo:

—Porque no sabes cuándo cerrar la boca.